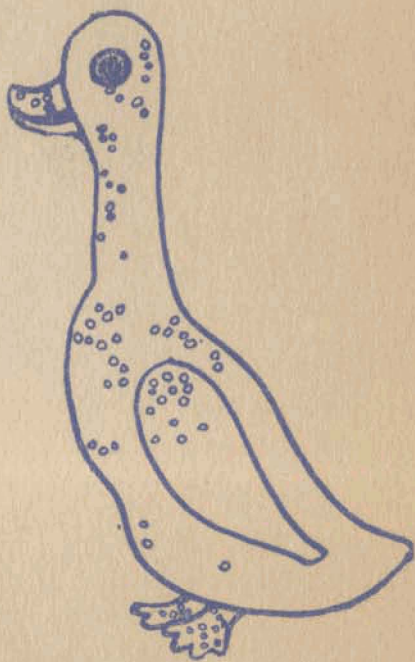


MARIO ARNELLO
MI HIJA PIA


(OCASION PARA LA POESIA)

DIBUJOS:
ERNESTO
BARREDA



MARIO ARNELLO
MI HIJA PIA

A la abuelita Zulma
y al tata Pepe, con
el cariño de su nieta
Pia.


Stgo. Norte 1964

DIBUJOS:
ERNESTO
BARREDA

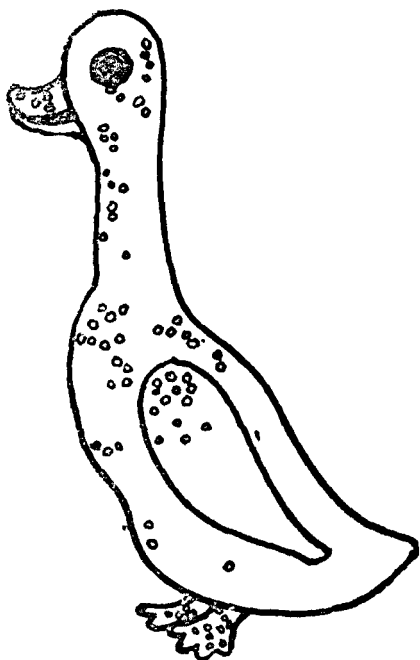
A la madre de Pía

EL ANGEL

Pía dormía, dulce, con sus manitas juntas.

Cuando duerme, el ángel de su guarda está tan cerca, que se refleja suavemente en su cara.

LA PATA DE MURANO



He regalado a la madre de Pía una pata azul de Murano. Es como un rincón escogido del

mar, pleno de sol estival mediterráneo. Es una ola, profunda, contenida en un volumen armonioso.

Su cuello delicado, deja entrever en su movimiento la luz de las aguas rompientes, mientras su sólido cuerpo invita al secreto de la mar profunda.

Pía ama la Pata de Murano. Busca el sendero oculto de la luz marina, y la alborota el amarillo opaco del pico y de las patas, decidido y contrastante.

Y no sé por qué —ni de dónde, al menos no recuerdo...— al mirar el vidrio que nos ha traído hasta nuestra casa, nuevamente, un pedazo del sol y del mar Adriático, mi Pía entona un gangoseo peculiar, con rumor de chapoteo en charcos y en acequias...

Será porque no gritan distinto los patos venecianos, en su media lengua, ni aún en el azul profundo de Murano.

UCCELLI



Pequeñita, como una genial pincelada de vida,

frente a la ventana abierta Pía absorba se ha detenido. Su silla está quieta; no se sacude con el ritmo sano y alegre de su energía.

En su mirada atenta —dos gatos oscuros— transcurren sorprendidos los pajarillos que en el abedul corretean ilusiones.

Canta de improviso una tenca audaz, que temeraria insiste en vencer la gravedad posándose en la extrema rama. Su canto, reiterado, alegre, cae como sonido de cristal al alma.

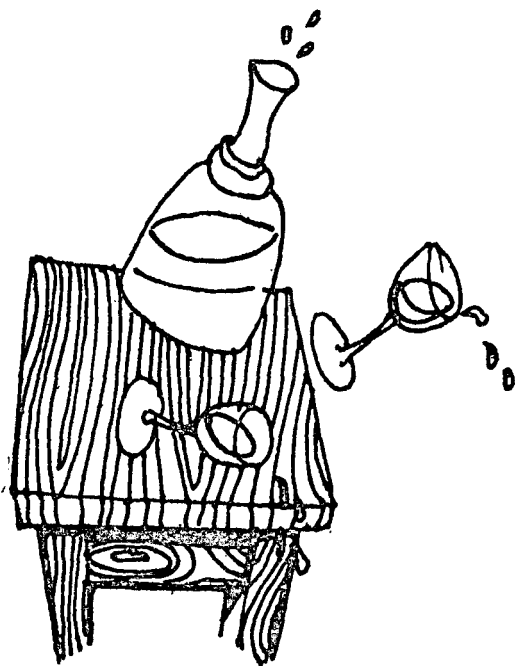
Pía, escucha: ... de pronto me mira, levantando rápido un brazo con su dedito índice muy tieso hacia la tenca, y un agudo sonido —quizás si en la intención también un canto— surge de su boca.

Interrumpo mi fingida tarea: ¡Son los pajaritos! le digo. Pero mi voz seca no le gusta. Pruebo otro tono más musical: ¡Sono gl'uccelli, gl'uccelli qui cantano a la mattina!

Pía —aprueba— sonríe, y oscilando su silla torna a mirar por su ventana, con una satisfacción que se escapa comoavecilla de su pechito. Su mano extendida florece con los rayos de sol

que quiere atrapar y que doran, en el viente-
cillo fresco, las hojas brillantes de nuestro abe-
dul cercano.

TEMBLOR



Esta madrugada ha temblado. Un sordo rumor

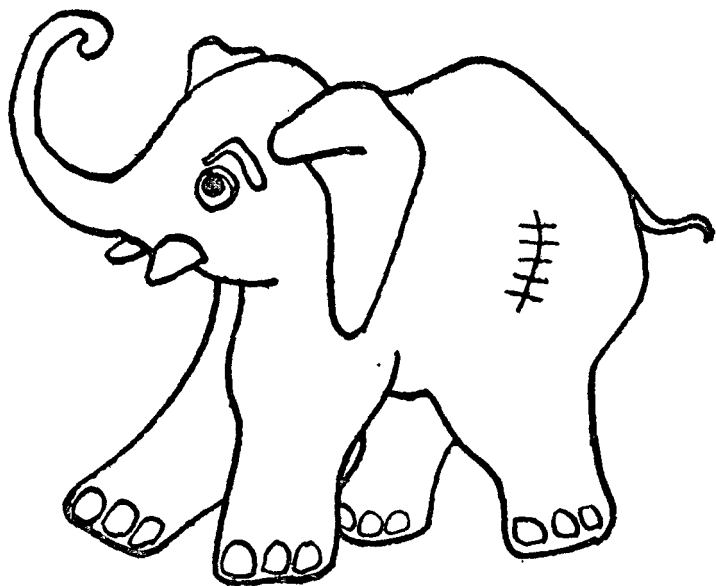
de subterráneas cadenas, fantasmas telúricos de este cajón de río antiguo, le precedió, y trajo un despertar sobresaltado.

Con el mismo temor que desde la raíz del tiempo trae la sangre, la madre corrió junto a la cría. Desde allí me llamaba.

Lento, tranquilo porque no temo las sacudidas que la tierra da a su piel de paquidermo, me he levantado a su reclamo.

Y allí estaban, en la espesura de sombras, la madre con sus ojos inundados de terror, protegiéndose con su pequeña en brazos; y Pía, con sus grandes ojos de asombro, apretujándose contra el seno de su madre, queriendo quizás esconderse nuevamente en el redondo vientre.

OREJAS DE ELEFANTE



Sola, espontáneamente, surgió un día en el patio de atrás de la casa una ramita verde. Y se

abrió en grandes hojas redondas. Ante nuestra sorpresa, con los días fue levantándose y echando hojas en sus costados. A la vuelta del año, ya teníamos una orgullosa paulonia elevándose rápidamente por alcanzar el sol de la mañana y de la tarde, que le tapan los techos de las casas.

Ahora, aún muy joven en su tercer año, la paulonia nos ha achicado el patio: lo ha transformado casi en un macetero. Sus ramas sobrepasan todos los rincones, y la sombra fresca de sus grandes hojas ha derrotado el calor desértico del mediodía en el estío.

Pía suele instalarse bajo la paulonia, protegida del sol y del viento, mientras oloroso a verduras se prepara su almuerzo. Allí también juegetean y cantan los pajarillos, entre las ramas, y de cuando en cuando llega el vuelo pesado de las palomas que vienen a buscar agua.

De súbito, un espanto, gritos de alarma y la fuga precipitada de alas...

Sobre la pandereta, con cínico paso de asesino viejo y silencioso, un gato negro y sucio, lacio, avanza equilibrándose.

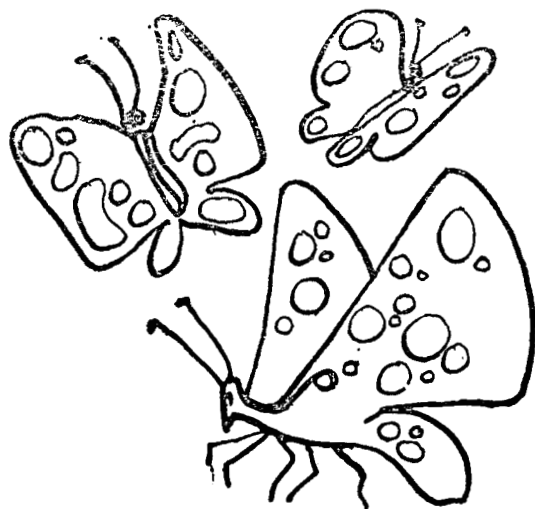
Pía, de pié, junto a la paulonia —donde seguía

una hilera interminable de pequeñas hormigas—, ha visualizado por entre las grandes hojas al enemigo. Ella lo mira, curiosa y tensa; el gato fija en los ojos oscuros su mirada amarilla... Y Pía, temerosa pero valiente, coge empuñándose la rama más baja y la mueve tenaz...

Las grandes orejas de elefante de su paulonia se sacuden agresivas: de un gran salto, el felino huye a los tejados vecinos. Los elefantes lo han derrotado.

La paulonia orgullosa acaricia el viento y se pavonea, mientras Pía, allá abajo, agradecida, le tironea suavemente una oreja.

LA MARIPOSA



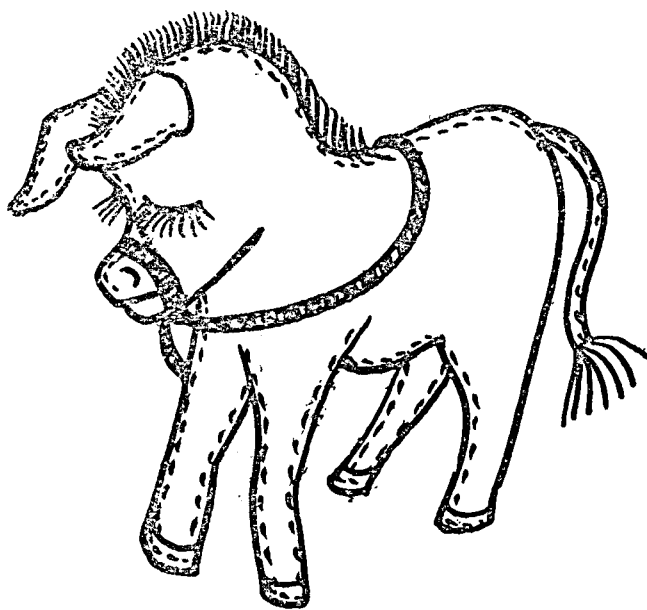
¡Mira, Pía, una mariposa! ¡Una mariposa, Pía!

Ese colorido que vuela, que alegra la vida de las hojas, que juega en el airecillo de la tarde, que florece entre la espesura, es una mariposa.

Píala mira, absorta, volar, venir, alejarse, y súbitamente desaparecer en un récodo. Torna a mí su mirada sorprendida, interrogante, y en su mano un gesto inacabado...

¿Qué querrá? ¿Acaso que le explique el milagro sutil, escaso, fugaz, de una mariposa?

EL PRIMER CUMPLEAÑOS



Pía ha cumplido un año.

Muy de mañana, como cuando nació, con el primer matiz de luz enredado en mis pestañas, con el alerta de la diuca dado en el jardín, he puesto oído atento al cuarto vecino...

De súbito, un primer gorjeo. Y muy luego un parloteo inicial, alejando el sueño y saludando también a la mañana.

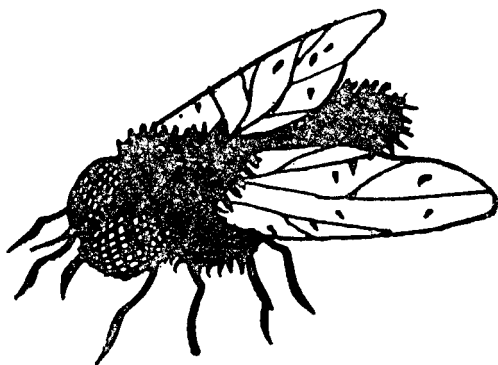
Subrepticamente, para no despertar a su madre, he ido a verla.

Llevaba en mis manos un paquete más grande que ella. Me recibió un dulce grito de alborozo y la pequeña, como un felino, con entusiasmo, se lanzó a destrozar el papel, a arrancarlo con certeros zarpazos.

Y muy pronto, ante sus ojos húmedos, apareció una oreja larga, lanuda y tiesa. Un hociquito como de algodón, albo y suave... y la cabeza entera de un borriquillo de dulces ojos y largas pestañas. ¡Con qué alegría, mi Pía lo libró a tirones de los harapos de papel que aún lo envolvían!

¡Se llama Platero!, le enseño yo, y Pía oculta su emoción y su cabecita morocha y revuelta en el plateado gris y blanco del burrito...

LOS GRANDES MOSCOS



Yo no he amado nunca a esos moscos azules o

verdes, relucientes. He atacado con dureza su insolencia, cuando en el mediodía insistían en turbar el descanso.

Pero he aquí que, por extraña asociación de ideas, la madre de Pía ama el sumbido audaz de los grandes moscos brillantes: los siente como fiesta estival, como anuncio de una cálida estación, desde hace tiempo esperada.

No es de extrañar entonces que mi Pía, como un resultado de contradicciones, los persiga con saña en un gateo enérgico y combativo y, luego, al tenerlos a tiro, los haga volar... y se siente embriagada a oírlos en su sumbido burlón, alegre, viril, de trovador tenaz y enamorado.

EL MAR



Sobre la extendida playa blanca, Pía es sólo una
pequeña arena oscura.

Retumba el golpe de la ola y vuelca un relámpago de agua y espuma sobre la orilla...

Casi a los pies de Pía, en la húmeda arena queda, con el último susurro, una silenciosa e inmóvil estrella, abandonada.

Pía, regocijada de caracoles, de sol, de mar y arena, con qué alegría se le acerca!

Un grito agudo desgarrá el azul y una gaviota, alba línea recortada contra el cielo intenso, baja a disputar la estrella náufraga de la marea.

Dueña sola de la playa, Pía no cede. La gaviota, navegando inmóvil en la brisa, espera, insinuando levemente el ataque. Y Pía, sin temor, enfrenta decidida el despojo, armada como está de pala y balde.

Con un golpe de viento el velero hincha velas mar adentro, y el ave —ebrio de aire— cruza el espacio.

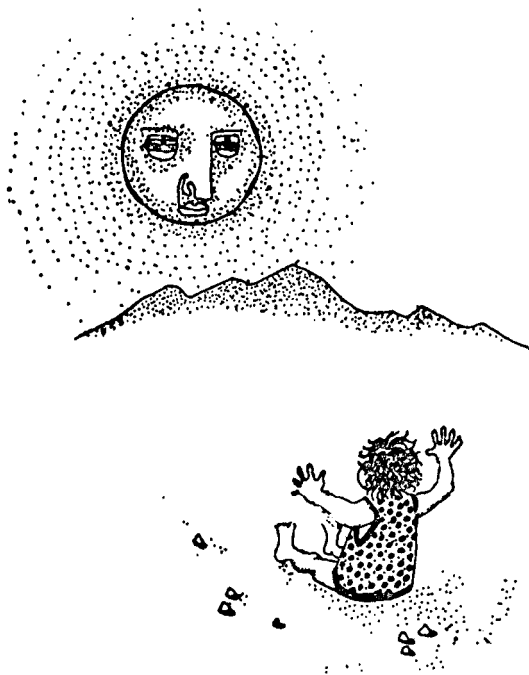
Pero Pía no celebra ruidosamente la victoria. Algo la inquieta y la acalla.

Observa detenidamente la caída estrella, y de pronto, con gesto suave, delicado casi, esparce

encima de aquella dulcemente el agua que guardaba en su balde.

Y queda allí, esperando ansiosa, hasta que la ola, el mar —comprensivos—, la llevan nuevamente al fondo azul, al lugar del rumor y de la espuma.

LA LUNA



Lenta, la noche ha traído al jardín la quietud de las sombras.

Ya callaron los zorzales y se fueron borrando los rincones.

Con Pía, ella en mis brazos, dejábamos que los minutos cayeran en el silencio y sacaran alguna frescura de la oscuridad.

Primero, fue una claridad que señaló el perfil duro de la montaña; y luego, lenta e imponente —espacio, inmensidad y misterio— la enorme luna de enero alzó su redonda faz amarilla.

Aquí y allá, en la pluma airosa del aroma, entre el pasto húmedo y en uno y otro guijarro, queda un hilo de su plata enredado.

Pía, de su asombro sale muy pronto, y huye de mis brazos, corriendo presurosa hacia la luna. Caer, se levanta y ha vuelto a caer, pero no le ha importado.

Allí, sentada en la tierra, con su carita abismada hacia la luna, los brazos abiertos en alto, espera anhelante que ese globo de luz y plata termine su vuelo y caiga —¿por qué no?— entre sus pequeñas y esperanzadas manos.

EL NIDO DE CHINCOL



En el jardín han anidado felizmente varias familias de pajarillos. Desde unos altivos, zorzales

que han escogido las ramas altas y espesas de un ceibo; estilizadas tencas que prefieren el ritmo de los aromos; diucas sonoras ocultas en el alba de las moreras; hasta el amistoso par de chincoles anidado al alcance de la mano, en la débil intimidad de la retama.

Allí en su nido, concurrido de vuelos, de gritos, la familia de chincolitos ha crecido. Inmerso en un mundo verde, protegido de tupidas lanzas, y con un cielo intenso de amarillo.

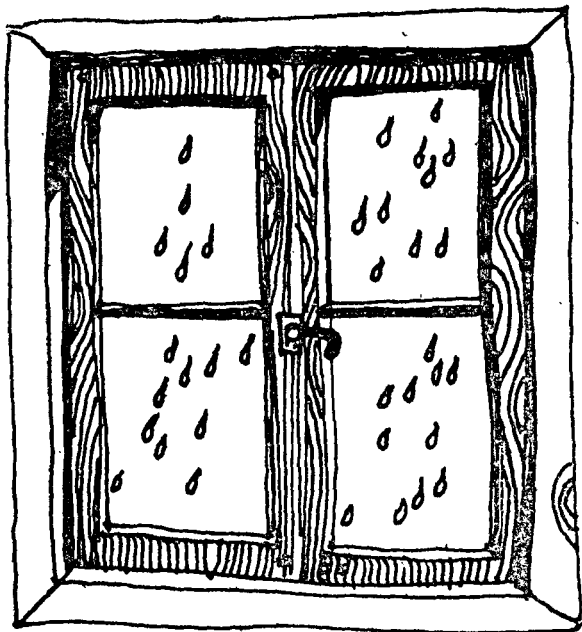
Primero fue tal vez un grito, o un coro de gritos de hambre... y luego el rápido vuelo del chincol al nido, lo que llevó a Pía al borde de ese mundo. Afirmada a un abedul, por entre sus hojas bajas, miraba atenta el ir y venir en la agotadora faena de las avecillas. Y, a instantes, ganada ya la confianza de los pajaritos, unía su grito alborozado al de los polluelos, coreando el reclamo insistente que escasamente satisfacían los laboriosos chincoles.

Un día esparcimos para ellos semillas de cáñamo. Y ante el alborozo de Pía, poco a poco los chincolitos los cogían de los pies mismos de la niña. Ella quiso entonces, cada vez que salía al jardín, llevarles semillas y con sus manitas las dejaba caer tan cuidadosamente a su lado.

Esta tarde yo escribía junto a la ventana, mirando a través de laureles y abedules el rincón donde Pía retozaba en el pasto, en el fresco airecillo del verano. De súbito escucho un alboroto, me levanto y veo a mi Pía junto al retamo, hundida entre sus ramas, tirando puñados de pastos y arenillas hacia el nido, mientras los pobres chincoles gritaban aterrados.

He salido a retirarla y he calmado su llanto, consolándola: "Pía, se han asustado; pero no de tí, Pía; te han confundido con un gato..."

LAS LAGRIMAS DE LA VENTANA



Esta tarde, de improviso, cayó un viento cálido, húmedo, pegajoso. Revoloteó entre las hojas

nuevas, alborotó las ramas altas y nos trajo desde las nubes oscuras gruesos goterones. Con un ruido sordo caían, redondos, sobre la hiedra y golpeaban los vidrios de la ventana.

Pía, que jugaba en la alfombra persiguiendo el mapa-mundi a manotones, se detuvo inquieta ante el viento . . . pero en cuanto sintió el rítmico tamborileo apagado de la lluvia, abandonando todo su juego se allegó a la ventana.

Y allí, apoyada su cara contra el frío vidrio, la triste luz de la tarde y la dulce lluvia que resbalaba en tenues hilos, entristecían su mirada lejana y su fisonomía pensativa.

La llamé suavemente, pero insistentemente, hasta que Pía, sacudiendo el melancólico sopor que la absorbía, tornó su cabeza . . . y una sonrisa muy dulce borró en su carita el reflejo triste de las lágrimas de la ventana.

OTOÑO



Han transcurrido algunos meses. Se han alejado las mariposas. El nido del chincol está

vacío; con el vuelo llegó para las crías el ansia de libertad, y el cerro cercano con sus bosques atrajo el espíritu aventurero. Las hojas se doran más y más con el aire fresco de cada mañana; y al atardecer, que viene tan de prisa, cuando cae el viento en nuestro jardín, una y otra las hojas tiritan y también optan por la libertad y... vuelan y caen de vuelta en vuelta.

Pía, este otoño, insegura en sus pies, pero decidida, ya corre tras las hojas. Aunque más breve su estada en el jardín, no lamenta el verano ido. Este nuevo juego, esta multitud de mariposas secas la hacen reír y correr, persiguiéndolas... hasta que caen cansadas. Las mira, las toca, las levanta. Con qué cuidado las deja en el aire —a su escasa altura— para que vuelen.

No, mi Pía, en el otoño ya no quedan mariposas.

Los ojos amplios y profundos de Pía me miran. Casi como si le apenara que las hojas ya no puedan volar.

Edición Numerada Nº *2*.....

Derechos Reservados

Impreso en Chile . Printed in Chile

Este libro fue impreso en los talleres "El Imparcial",
de "Soberanía, Soc. Periodística e Imp. Ltda.", en el
mes de julio de 1964.